

## Sujeto y método: una lectura posfundacional

Roque Farrán (UNC-IDH-Conicet)

La filosofía no es un saber específico ni una disciplina normativa, mucho menos un meta-saber enciclopédico que alcance y englobe todas las prácticas, saberes y disciplinas habidas y por haber; la filosofía, afirmo, es una *práctica entre prácticas* que conlleva asumir una singularidad irreductible: su acción restringida busca anudar las prácticas, enlazarlas entre sí y mostrar sus juegos de mutua implicación (articulación y dislocación). Estas acciones u operaciones que definen más bien la práctica filosófica *materialista*, surgen de manera contingente en función de estrategias coyunturales ligadas a una lectura crítica del presente; la necesidad configurante se da *a posteriori* y la eternidad de las verdades por las que se debate, invariancia o recurrencia de problemáticas, se encuentra siempre retroactivamente. Antes que un saber acabado lo que orienta a la práctica materialista de la filosofía es un *ethos*, hábito o disposición al anudamiento de prácticas irreductibles. Por eso propongo hablar y pensar en términos de *nodalidad* en lugar de remitir a la clásica totalidad o a su (de)negación anarquizante. Quisiera presentar mi perspectiva en una serie de movimientos que se desprenden sucesivamente e implican entre sí.

### *I. Primer movimiento:*

Estas reflexiones sobre la práctica filosófica y el método me han llevado a pensar los conceptos de un modo singular. En mis investigaciones recientes he abordado la compleja relación entre sujeto, estado e ideología, desde una tradición de pensamiento postalthusseriana que ha leído y se ha nutrido profusamente de las elaboraciones conjuntas de Althusser y Lacan, del marxismo y el psicoanálisis, sin necesidad de adherir punto por punto a todas sus tesis pero encontrando allí, sin dudas, un campo fructífero para plantear conceptos y problemáticas pertinentes a las cuestiones que nos interrogan al presente. En pos de ello me he servido recurrentemente de los tres registros lacanianos (real, simbólico, imaginario) anudados al modo borromeo para pensar, en rigor, la complejidad inherente a las intersecciones conceptuales.<sup>1</sup> En términos generales: *el estado responde a lo simbólico, el sujeto a lo real y la ideología a lo imaginario*. Pero como ningún registro es puro, esto es: *hay sobredeterminación*, entonces cada concepto presenta a su vez aspectos reales, simbólicos e imaginarios; así la ideología, por ejemplo, presenta aspectos vinculados a lo real (*ethos, habitus* o prácticas efectivas), lo simbólico (la interpelación o el llamado a ocupar un lugar en la estructura) y lo imaginario (el falso reconocimiento que genera tanto la autoevidencia como la distorsión respecto de las condiciones reales de producción). Esto explica, en parte, la pluralidad de significados asociados al término (*p. e.*, Žizek ensaya una modulación hegeliana en

---

<sup>1</sup> Un primer avance de estas elaboraciones conceptuales se encuentra en R. Farrán, *Badiou y Lacan: el anudamiento del sujeto*, Buenos Aires, Prometeo, 2014.

su mapa de la cuestión y declina la ideología bajo tres modos: doctrina, creencia, ritual). En Althusser encontramos entrelazadas las tres dimensiones de la ideología, en su ya clásico *Ideología y Aparatos ideológicos del estado*<sup>2</sup>, a partir de las tesis centrales que allí presenta. Además, en el mismo lugar, los tres conceptos indicados: sujeto, ideología y estado, aparecen expuestos en un nudo inextricable. Por eso, excediendo la problemática marxista más estricta (*p. e.*, la cuestión de la determinación económica), es posible deslindar otros modos de anudamiento entre esos términos recurriendo a otros autores y conceptos afines, que abren y desplazan la problemática hacia nuevas preguntas y problemas.

## II. Segundo movimiento:

Sin embargo, la triple perspectiva convergente que venía sosteniendo en mis investigaciones: ontología-política-filosofía, para abordar estos conceptos, encuentra ahora una modulación específica que se reanuda en torno a tres tópicos descentrados y algunos campos de intersección conexos a ellos. Así se produce un anudamiento entre método-estado-sujeto, cuyos primeros resultados se exponen en un libro de reciente publicación<sup>3</sup> y, a su vez, se abren nuevas vías de indagación que involucran tópicos relacionados -algunos que ya venía explorando- como son: ética, ideología, racionalidades políticas. Aparecen también nuevos puntos de articulación conceptual -convergencias y diferencias- entre autores próximos, que no habían sido tratados hasta el momento con la debida atención; ejemplarmente: Althusser y Foucault. Sobre todo en lo que atañe a la diferencia articulada entre Ideología y Verdad, en relación a la constitución del sujeto, y la explicitación de la filosofía como *práctica entre prácticas*. Estos desplazamientos obedecen no sólo a determinaciones teóricas abstractas, sino a la necesidad concreta de pensar la coyuntura política y los procesos de subjetivación actuales. En particular, atento a desprender de allí una nueva noción de *gobierno* (de sí y de los otros). La cuestión de la ideología, en su complejización althusseriana, resulta crucial para entender procesos de identificación que no pasan necesariamente por la “toma de consciencia” o la “decisión racional”. Asimismo, la práctica ética, tal como la estudia el último Foucault, también permite pensar cómo sería la constitución de un sujeto político que no se subordine pasivamente a las relaciones de poder imperantes.

## III. Tercer movimiento:

Asimismo, los movimientos anteriores y sus desplazamientos conceptuales me han llevado a dar una vuelta más en torno al sujeto y complejizar la cuestión del método. He postulado que para mí *el concepto de sujeto resulta nodal*, literalmente, y ahora puedo ajustar bien mis razones. El concepto de sujeto es clave porque permite entender varias cosas en simultaneidad. En primer lugar, enlaza varias dimensiones que

---

<sup>2</sup> “Ideología y Aparatos ideológicos del Estado” en L. Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 102-151.

<sup>3</sup> R. Farrán, *Nodal. Método, estado, sujeto*, Adrogué, La cebra/Palinodia, 2016.

nos atraviesan y no siempre es posible pensarlas juntas, en su mutua implicación. i) La *dimensión ideológica*, cuyo concepto clave es la interpelación, el llamado o la nominación que suscita una estructura allende la conciencia que tengamos de ella. ii) La *dimensión ontológica*, cuyo concepto clave es la verdad y el infinito en acto que se abre a partir de su indagación, en exceso respecto de la estructura ideológica pero no sin ella. iii) Y finalmente la *dimensión ética*, cuyo concepto principal es la inquietud o cuidado de sí, que permite transitar y hacer habitable ese espacio imposible entre lo finito y lo infinito, la estructura y su exceso, lo imaginario y lo real, lo histórico y lo ontológico. Como se puede apreciar, no pienso al sujeto en tanto “sustrato” (*hypokeimenon*) sino como anudamiento solidario de esas dimensiones. En segundo lugar, los nombres propios que convoco para forjar este concepto de sujeto constelado, como habrán adivinado, son bastante dispares e involucran otros conceptos asociados: Althusser, Badiou, Foucault y Lacan. Sin dudas también se podrían confrontar, pero no deseo consolarme en el juego escolástico de las sutiles diferencias sino composibilitar conceptos lo suficientemente potentes para pensar las problemáticas más urgentes de nuestra época.

i). En relación a la dimensión ideológica el nombre clave, claro, es Althusser (aunque también hay que tener en cuenta que forja dicho concepto tomando algunas elaboraciones no sólo marxistas sino spinozianas y lacanianas, *p. e.*, el primer género de conocimiento o el estadio del espejo). En la ideología el sujeto *se reconoce*, encuentra una matriz de significación común y, en última instancia, ciertos significantes amo que *lo interpelan*; todo ello, por supuesto, contribuye a *la reproducción* de un determinado estado de cosas (“relaciones de producción”, decía Althusser en clave marxiana). La ideología no exige la conciencia o el conocimiento del individuo, puede funcionar muy bien -y de hecho lo hace- a expensas suyo, en el límite (pre-consciente o inconscientemente). Lo que hay que señalar, con Spinoza, es que se trata además de un modo de conocimiento irreductible, por eso dice Althusser que la ideología es “eterna”.

ii). Por otro lado, me interesa remarcar con Badiou que la ideología se manifiesta sobre todo en el llamado o la nominación, cuando la estructura vacila y muestra su hueco (su inconsistencia de base), porque allí mismo es convocado el sujeto a constituirse como tal y se abre, en acto, una tipología subjetiva dispar según el modo de respuesta ensayado ante el acontecimiento (sujeto reactivo, conservador, inventivo, etc.). Por eso necesito, a su vez, enriquecer la dimensión ideológica del sujeto no sólo con la cuestión del goce, como hace Zizek a menudo, sino con la cuestión del acontecimiento y la verdad tal como las trabaja Badiou, pero forzando un poco sus términos. Porque pienso que si bien la ideología es irreductible y nunca podemos escapar del todo de ella, hay momentos de verdad que no son meramente externos u positivos, sino immanentes y suspenden las funciones de reconocimiento y valoración propios de la ideología. Esos momentos tienen que ver con el vaciamiento del sujeto, como bien sabía Lacan, y la apertura al ser-en-tanto-ser y su pura multiplicidad infinita, como sostiene Badiou. No supongo la ontología por un lado y los procedimientos de verdad por otro, sino que los pienso en

su *conjunción* (mas no identificación). De allí que no oponga simplemente Lacan a Badiou sino que vea una compatibilidad de base en relación a la dimensión ontológica del sujeto, que sí, responde a las verdades, a sus procedimientos singulares, pero que abren a lo genérico del ser. Para crear, para inventar, en cualquier campo es necesario hacer un vacío, suspender las valoraciones predominantes y trabajar la potencia infinita de los materiales con que se cuenta (sean fórmulas matemáticas, palabras o imágenes).

iii). Por último, la dimensión ética es crucial. Luego de haber descentrado al sujeto de la conciencia y la voluntad exclusivas, a partir de los conceptos de interpelación o de fidelidad a una verdad, la cuestión de la reflexividad como práctica del cuidado de sí vuelve de la mano de Foucault; ya no se trata solo de ser consciente o de recibir reconocimiento, de intencionalidad o voluntad, de militancia o fidelidad, sino de constituir un *sí mismo* que no está dado al principio para nada; de constituirlo a través de prácticas concretas, de modo tal que los momentos de verdad sean cada vez más habitables y transitables, pese a la tensión irreductible entre las dimensiones ideológica y ontológica que constituyen al sujeto. Porque es necesario que el sujeto también se prepare para acceder a una verdad, para captarla en la contingencia del acontecimiento, o para transformar los accidentes en acontecimientos; y luego, además, es necesario que el sujeto se pertreche, se arme, se ejercite asiduamente para continuar siendo fiel a una verdad cuyo proceso genérico infinito es incierto, abierto e indeterminado. El sujeto ha de volver sobre sí para interrogarse por el modo en que se incorpora a una verdad genérica, y el procedimiento no es exactamente el mismo que el de la producción de esa verdad (artística, política, científica, etc). Necesitamos pensar el sujeto a partir de distintas figuras subjetivas, no excluyentes sino entrelazadas: el ideólogo crítico, el militante de las verdades y el sabio ético.

En primer lugar, asumir que no se trata mediante esta tipología de establecer ninguna totalización de saber. Una de las mayores muestras de inteligencia consiste en entender que no se trata de entenderlo todo, basta con acompañar las manifestaciones singulares por lo que son; claro que para eso hace falta al menos entender qué es el ser singular y en qué puede consistir un acompañamiento que no demande nada; es decir, hace falta sostenerse en la propia singularidad y en la inteligencia común. Pensaba antes: ¿cómo situar el vacío sin abismarse, y cómo abrirse al infinito sin disgregarse? Allí se esboza una respuesta.

En segundo lugar, una aclaración respecto al uso liberado de ciertas obras y pensamientos clave. En el mejor de los casos, una lectura atenta de la obra de Marx puede constituirse en una poderosa arma de crítica ideológica, pero en sí misma no alcanza para constituir un nuevo sujeto político (otro tanto puede decirse de las obras de Foucault o de Badiou). Está visto que sus efectos son más que nada cognitivos o comprensivos, no habilitan la indagación de verdades trans-temporales, ni tampoco la constitución de un sí mismo capaz de habitar el tiempo histórico atravesado por la eternidad. Nos resulta necesaria la crítica ideológica del tiempo histórico, sin dudas, pero ella no puede ir desligada de

una indagación ontológica de las verdades trans-temporales y de la invención de un sí mismo que pueda circular entre ellas. *El nudo inescindible de estas dimensiones hace al sujeto resistente a los embates disgregantes y abisales del presente.* Por ejemplo, aquellas supuestas subjetivaciones neoliberales sobre las cuales basa su efectividad el macrismo (la mal llamada posverdad), no pueden ser disueltas o reconvertidas por una simple explicación o argumentación racional que apele a la buena conciencia (de clase, espiritual, nacional-popular u otras); es necesario pensar cómo se constituye un sujeto en su complejidad, es decir, cómo dar acceso a las múltiples verdades (artísticas, científicas, políticas, amorosas, etc.) en actos concretos que abran esos portales al infinito (de infinitos) y no en aproximaciones limitadas, pingues o pedagógicas, que las suministran por cuotas como si se tratase de acumular capital (simbólico y/o cultural) y lo reproducen, a la vez que propiciar hábitos concretos y modos de existencia reflexivos que permitan transitar entre las interpelaciones ideológicas y las infinitas verdades, sin oposicionismos estériles ni reduccionismos ni escalafones. Es necesario prepararse para acceder a una verdad infinita e incluso, cuando se ha accedido al menos una vez a alguna de ellas, seguir ejercitándose para su captación e invención renovada, porque las verdades no se encuentran aseguradas ni hipostasiadas bajo ningún procedimiento reglado.

En suma, entender el concepto de sujeto en su complejidad nos evita la encerrona ideológica, sin caer en la alternativa pedagógica, el dogmatismo militante o el espiritualismo; se trata de apelar a métodos de pensamiento “desiguales y combinados” (o sobredeterminados) acordes a la situación en que vivimos. Sin dudas, no será el mismo método el que se aplique a la crítica ideológica, a la constitución ontológica de las verdades, o al *ethos* necesario para desplazarse entre ambas dimensiones. Pero tampoco serán excluyentes: habrá que desplazarse y combinar, cuando no operar simultáneamente. Si la táctica del ministro de educación -y la del gobierno neoliberal en su conjunto- es atacar en varios frentes, nuestra respuesta más vigorosa sería sostener la respuesta atendiendo a la diversidad de dimensiones en juego (no sólo a la cantidad). He allí la efectividad que buscamos. O sea, un método de pensamiento desigual y combinado, acorde al sujeto en cuestión, para afrontar el malestar en la cultura y la estulticia reinantes: lectura sintomática/crítica ideológica (Marx-Althusser-Zizek), procedimientos genéricos de verdad/ontología (Spinoza-Badiou), y prácticas de sí/ética (Foucault-Hadot-Sloterdijk). Leer los modos de goce y atravesar los fantasmas contemporáneos, hacer la experiencia del infinito en acto de múltiples modos, y acceder a la constitución de un sí mismo lo suficientemente fuerte y flexible para no enloquecer, volverse estúpido o dogmático.